

Libros del Asteroide 

Tijan Sila
Radio Sarajevo

Traducción de Javier García Albero



Prólogo

Cuando cayeron las primeras bombas, yo estaba tumbado bocabajo en la moqueta del dormitorio escuchando la radio. En la emisora sonaba *Suffragette City* de David Bowie. De repente, un chillido metálico rasgó el aire y una explosión arrancó las cortinas de los rieles. La presión fue tan descomunal que se me nubló la vista, como si hubiera estado demasiado tiempo colgado cabeza abajo de la barra fija.

Todos los sistemas de alarma de la calle entraron en pánico, pero yo no. Aún no. No tardaría en sentir el pánico de manera constante y en sospechar la presencia de la muerte en cada sombra, pero el primer día de guerra estaba, a lo sumo, desconcertado. Me subí encima del radiador para poder mirar mejor por la ventana. Vivíamos en la sexta planta de un bloque de viviendas prefabricadas y abajo, al fondo, un humo negro formaba un remolino sobre el asfalto. Vi avanzar a alguien tambaleándose por delante de las puertas de los garajes, una mujer que iba arrastrando el bolso con el pie. En aquel momento detonó una segunda granada, tan cerca y con tal estruendo que pareció que la habitación daba un salto. La onda

expansiva destrozó nuestras ventanas; tiró los cactus de encima de la mesa; lanzó mi papel de dibujo hacia el techo y a mí me proyectó a los brazos de mi padre.

—¿Por qué no vienes cuando te llamo? —me riñó mientras bajaba a toda prisa las escaleras hacia el sótano conmigo al hombro—. ¡Te llamo y te llamo!

Recogimos a mi madre y a mi hermano en la segunda planta. Estaban en casa de *teta* Marija, la jubilada que vivía debajo de nosotros. La anciana se agarraba a la barandilla de la escalera y jadeaba con tanta intensidad que sonaba como un llanto. El aire se había vuelto denso y tenía un olor extraño: a huevos podridos, pero también como si alguien hubiera encendido bengalas en algún lugar de la escalera. Hoy soy capaz de reconocer ese olor entre miles... Es el olor del explosivo cuando ha estallado. De nitrocelulosa, para ser precisos.

Nazif, uno de los vecinos de la planta baja, subió por la escalera.

—¿Necesita ayuda?

—Le cuesta respirar —respondió mi madre, y dado que justo después una tercera explosión sacudió los muros, desprendiendo del techo la bola de cristal de la luz de la escalera y haciendo que el extintor vibrara como un gong, Nazif cargó a Marija en brazos sin pedirle permiso primero.

—Ay, señores, pero ¿esto qué es? —preguntó uno de los vecinos cuando entramos en el sótano. Llevaba puesto un albornoz, tiritaba y olía a champú.

Los proyectiles impactaban ahora en la ciudad en forma de salvas, rítmicas, implacables, y entremedias se es-

cuchaban disparos de fusil. El suelo temblaba, del techo caía polvo de cemento y el vecino del albornoz repetía una y otra vez su pregunta:

—Pero ¿esto qué es? ¿Qué quiere decir esto?

—Pues ¿qué va a querer decir? —le cortó por fin Marija—. Que ha llegado la guerra.

Libros del Asteroide

Las primeras horas de la guerra las pasamos —mis padres, mi hermano y yo— en el sótano de nuestro bloque de viviendas. Nos estremecíamos con cada detonación, gritábamos y nos poníamos en cuclillas cuando los misiles pasaban chillando a lo largo de las calles y, entremedias, hablábamos atemorizados de lo que probablemente nos aguardaba. Pese a todo, cuando se hizo de noche, la mayoría de la gente volvió a sus casas. Los bombardeos habían perdido fuerza con la puesta de sol y, además, en el sótano no había espacio suficiente para dormir. Vivíamos en un modesto bloque de viviendas de paneles prefabricados de comienzos de los años setenta, no muy diferente de los bloques WBS 70 de la Alemania Oriental, si bien nuestros balcones eran mucho más pequeños y la fachada, de un color mostaza en lugar de gris o beis. Nuestro edificio albergaba, repartidos en cuatro escaleras, un total de cincuenta y seis apartamentos. Por cada catorce de estas viviendas había en el sótano un espacio compartido del tamaño de un salón en el que cada uno de los vecinos disponía de un pequeño trastero delimitado por unas paredes hechas de ta-

blas de madera podridas. Había siete junto al muro de la izquierda y siete junto al de la derecha, y en el estrecho pasillo que había en medio permanecíamos de pie como en el vagón de un tranvía lleno hasta los topes, con los niños apretujados contra los muslos de sus padres. En el mejor de los casos, podrían haberse echado a dormir allí de cuatro a cinco personas y, tras una breve discusión, todos estuvieron de acuerdo en concederle este privilegio a los jubilados de nuestra escalera. Estos, sin embargo, preferían que se nos dejara dormir en el sótano a nosotros, los niños.

—Nosotros ya hemos vivido nuestra vida, los pequeños no —dijo Zora, una señora de setenta años que vivía en el piso situado encima del nuestro.

Su marido, el ciego Mihajlo, añadió que, además, cada uno de los ancianos había sobrevivido ya a una guerra, y que eso era más de lo que una persona podía soportar.

—Que sea Dios quien decida si voy a sobrevivir a esta mierda —dijo, y concluyó con una de las expresiones más populares en lengua bosnia—: Que venga Dios y me folle.

En mi lengua materna se blasfema con mayor frecuencia y precisión que en alemán. Uno lo hace para rellenar pausas de reflexión, para disimular alguna inseguridad o, como Mihajlo, para dar mayor énfasis a una afirmación. Para ello, en la mayoría de los casos se utiliza un conjuro abstracto que difícilmente puede traducirse al alemán: uno desea para sí o para otros los actos sexuales más insólitos, a veces por rabia, a veces con el mayor de los afectos. Cuando los padres les dicen con cariño a sus hijos *Jebo te miš-biribiš*, esto significa más o menos: «Que te joda un ratoncito chiquitito». En la traducción

esto suena mal y raro, pero en bosnio la frase es cariñosa y divertida.

Los vecinos de mi escalera estuvieron sopesando la esperanza de vida de los jóvenes y de los viejos, y, en consecuencia, a los niños (esto es: a mi hermano, a mí y a Sanela, de la primera planta) nos dejaron dormir en el sótano. También estaba Rafik, que hacía poco que se había mudado a Sarajevo con su padre, pero ambos vivían en el bajo, de modo que se ahorraron tener que pasar la noche sobre el cemento rugoso del suelo del sótano y, a cambio, nuestras madres pudieron quedarse con nosotros.

A la mañana siguiente, Radio Sarajevo anunció que en el transcurso de la noche se había completado el cerco a la ciudad y que se preveía que continuaran los combates. A pesar de esta noticia, mis padres tenían la esperanza de que el bombardeo del primer día de guerra pudiera haber sido un hecho aislado, quizá simplemente el estallido inevitable de aquel ambiente tenso y sombrío que desde hacía años era la causa de que no llegara la calma a Bosnia. En las fachadas de los edificios de nuestra ciudad se habían ido acumulando en la última década grafitis sanguinarios, una capa encima de otra. Pedían enviar a «los musulmanes a las cámaras de gas» y añadían «desde Serbia hasta Tokio» (en el original tiene rima). Afirmaban que Bosnia nunca había existido, que no podía existir. Con regularidad se tapaban estos mensajes con carteles de propaganda electoral que, a su vez, se pintarrajeaban ya a la noche siguiente. Si los vándalos tenían sentido del humor, pintaban en las caras de

los candidatos solo bigotes, gafas, mocos y dientes negros. Si iban en serio, les escribían en la frente «judío» o «cígano», o uno de los insultos que bosnios, croatas y serbios utilizaban para los demás.

A las dos semanas, estos carteles electorales colgaban hechos jirones cubiertos de nuevos eslóganes.

*

Mi padre nos recogió del sótano a la mañana siguiente. Antes había ido a la panadería y nos había traído no solo panecillos y cruasanes, sino también pastelillos de hojaldre, como si celebráramos un cumpleaños. Yo había dormido mal. En mis sueños, una de las mantas de crin de caballo que Zora y Mihajlo habían bajado al sótano para nosotros los niños se había enrollado como una serpiente y había intentado trepar por las paredes. Fracasaba en cada intento y entonces se revolvía de rabia y se lanzaba como un cohete de un lado a otro. Mi cabeza me parecía un cuerpo extraño aquella mañana, como un grano enorme sobre unos hombros pequeños. Normalmente subía y bajaba corriendo las escaleras que llevaban a nuestro piso sin que me faltara el aliento, pero aquel día tuve que hacer dos pausas. Mi padre me observó preocupado, pero no dijo nada. Cuando llegué arriba, ayudé a mi madre a poner la mesa y a mi hermano de cuatro años a sentarse en la trona. Este se dio cuenta de que yo le había colocado la tablita de desayuno «incorrecta» y, furioso, insistió en que le diera la «suya», que llevaba impresa una viñeta con ratones del dibujante Uli Stein. Se la habían regalado a mi madre, que era germanista, en un congreso.

— Ahí tienes tu tablita, pesado —le dije.

— El que lo dice lo es —dijo mi hermano satisfecho. Por fin pudimos sentarnos.

— ¿Crees que el colegio seguirá cerrado mañana? —le pregunté a mi madre.

— Ya veremos. Esperemos que no.

— Esperemos que sí —dije yo, y me gané un pescocón. No imaginábamos que tardaría más de medio año en volver al colegio.

Tomé un huevo pasado por agua, le di unos golpecitos a la cáscara contra el canto de la mesa... y de repente me eché a llorar. Mis padres me miraron sorprendidos.

— ¿Qué te pasa? —preguntó mi madre—. ¿Por qué lloras?

Yo mismo era incapaz de explicármelo. Durante los bombardeos del día anterior había mantenido hasta tal punto la compostura que en el sótano me había llevado los elogios de todos los vecinos. «¡Qué chico tan valiente! Es un ejemplo para todos.»

Ahora, sin embargo, no podía evitar las lágrimas... y, por mucho que lo intentara, me resultaba imposible contenerme. Era uno de esos ataques de llanto intensos y roncós en los que los mocos se vuelven rápidamente tan claros como las lágrimas.

— No deberíamos haberlos dejado esta noche en el sótano, ya te lo dije —le dijo mi madre a mi padre.

Tomó a mi hermano en brazos y se lo llevó al salón para que yo no le contagiara mi ataque de pánico.

Para tranquilizarme, mi padre se acuclilló y me aseguró que los que habían disparado el día anterior contra nosotros seguro que ahora estaban consternados por lo que habían hecho.

—Eso es humano. —Mi padre me dio un panecillo de la bolsa de papel—. A veces uno hace cosas porque está furioso y después se arrepiente.

—Como Ramiz aquel día que le pegó a Damir y sangró tanto, y después Ramiz también se puso a llorar porque Damir lloraba tanto —dije entre sollozos.

—Eso es.

—¿Entonces hoy no van a disparar más?

—Seguro que no —prometió mi padre.

Solo un instante después explotó la primera granada del día, esta vez no en nuestro barrio de Čengić Vila, sino en Grbavica, el gran barrio situado dos kilómetros río abajo. Siguieron otros impactos, y ahora volaban más cerca que el día anterior. Algo pasó silbando no muy lejos de nuestro balcón: me pareció ver un grano de arroz de color negro en el aire y, tras un extraño chirrido, en uno de los edificios blancos que podían verse desde nuestra cocina se originó un incendio. El siguiente impacto alcanzó el cercano hospital Novi Grad. La detonación hizo que temblaran las paredes del piso. Pocos meses después habríamos aprendido a reconocer el calibre del proyectil por la intensidad del impacto: solo los dos grandes obuses del JNA, el Ejército Popular Yugoslavo, el M 56 y el M 65, con diámetros de proyectil de 120 y 150 milímetros, hacían que las vigas de acero se tambalearan como gelatina. Aún no podíamos saberlo el segundo día de guerra, pero uno de estos dos modelos acababa de impactar contra el hospital.

Tras la explosión, se escuchó durante un instante el estruendo de ventanas y cascotes cayendo, y después la cacofonía se lo tragó todo: las sirenas comenzaron a sonar, se escucharon disparos de fusil —primero en for-

ma de golpeteo, después un aporreamiento retumbante y ensordecedor — y la artillería labró el cemento y partió el hormigón hasta convertirlo en grava. Tenía la sensación de que la tierra temblaba, pero supongo que lo único que temblaba era mi desbordado cerebelo.

«Pero si me había prometido que ya no iban a disparar más», pensé indignado mientras mi padre volvía a toda prisa al sótano conmigo y con mi hermano en brazos. De haber sido yo un poco más mayor, habría sabido que uno no podía fiarse de las opiniones de mi padre: antes de las últimas elecciones parlamentarias me había asegurado que uno de los partidos más moderados y multiculturales obtendría la mayor parte de los votos. Por aquel entonces yo solo tenía nueve años, pero era lo suficientemente mayor para considerar inquietante que un político dijera en televisión que en el país solo había espacio para *su* estirpe.

«¡La gente no quiere una guerra, niño!», me había dicho mi padre. «¡La gente quiere paz, quiere *esto!*» En lugar de un cruasán, aquel día me pasó el cono de helado que le había comprado a un vendedor en la playa. Porque estábamos de vacaciones de verano en el Adriático. Aquellas serían nuestras últimas vacaciones en familia.



Por fortuna, había otros que tenían más conocimientos sobre la naturaleza humana que mi padre. Alrededor de media hora después de que nos hubiéramos reunido en el sótano, apareció un hombre en nuestra escalera.

—¿Estáis todos ahí abajo? —gritó para que se escuchara su voz a través del ruido de las explosiones.

—Sí, todos en el sótano —le gritamos.

—¡Necesitamos gente!

Había llegado al semisótano, era un hombre de treinta y tantos años, larguirucho, de cara alargada y unos ojos de color ámbar que con su corona de pestañas oscuras me recordaban a girasoles marchitos. Tenía el pelo negro, pero una palidez nada natural que hacía que la barba de tres días le emergiera de la piel como si se la hubiera pintado con puntitos de rotulador. Llevaba unas zapatillas desgastadas de la marca Yugosport, vaqueros y una chaqueta de ante ancha y de color pardo. Del pecho le colgaba un fusil, que no era un kalasnikov, sino una escopeta de repetición de casi metro y medio de largo, y, a excepción del cañón negro, parecía estar hecha prácticamente toda de madera de nogal. Daba la impresión de ser más adecuada para la caza que para la guerra.

—Estamos buscando apoyo urgente. De los demás edificios se vienen también algunos —continuó aquel desconocido—. Os lo digo como es: vamos a necesitar a todos los hombres; si no, la ciudad caerá hoy mismo.

A continuación, se produjo una discusión entre Ismeta Hazifbegović y su hijo Ermin, un mecánico industrial conocido en el barrio por su fama de gamberro. Ermin quería irse al frente, pero su madre no le dejaba marcharse. Dijo que hacía dos años que su marido había muerto de cáncer y que no quería perder también al hijo.

—Si nadie se viene, lo perderás de todas formas —juró el desconocido—. ¿Qué piensas que harán los serbios con los hombres cuando la ciudad caiga en sus manos?

—O con las mujeres —dijo Ermin.

—Me da igual. También hay otras madres con hijos, ¡el mío se queda aquí! —dijo la señora Hazifbegović.

—¿Y yo qué? —preguntó mi padre de repente—. Ser-ví en el ejército, sé disparar.

—No necesito a nadie para disparar. De todas formas, ya no nos quedan armas —dijo el desconocido—. Necesitamos gente para cavar trincheras. Y como ya no me queda mucho sitio en el coche, preferiría llevármelo a él antes que a ti. No te lo tomes a mal.

Sin embargo, a mi padre eso le molestó. Probablemente era el único que no entendía por qué para entrar en acción en el frente se prefería a un musculoso jugador de baloncesto antes que a un catedrático universitario de Biblioteconomía bajito y flacucho. Antes de que se le ocurriera protestar, mi madre le clavó las uñas en la muñeca justo delante de mí.

—¡Ni una palabra más, burro! —le siseó.

—Entonces, querida, ¿qué hacemos? ¿Puedo llevármelo? Cuidaré de él, te lo juro por el alma de mi madre. —El desconocido se besó el dedo índice y se lo llevó al corazón, un gesto extraño que supongo que hacía solo él. Cuando uno juraba por su propia madre, no era habitual acompañarlo de ningún gesto.

—¡Este se queda aquí!

—Yo me voy. —Ermin se soltó de su madre, que lo mantenía agarrado. Ella intentó ir tras él, incluso llegó a agarrarlo por la coleta, pero fue en vano.

Una vez que Ermin se hubo marchado, la mujer se echó a llorar y nadie supo muy bien cómo consolarla. En todo caso, ni siquiera mi padre intentó asegurarle que a Ermin no le pasaría nada. El bombardeo había alcanzado entretanto tal intensidad que me parecía como si no estuviéramos en el sótano, sino en el tambor de una lavadora durante el centrifugado. Entre una explosión y

otra se oía llorar a la señora Hazifbegović. Yo, en cambio, volví a sobrellevar el bombardeo sin soltar una lágrima. En cuanto empezaban a disparar, mi espíritu se aislaba. Dejaba de pensar, no sentía ni miedo ni aburrimiento, no albergaba esperanzas de paz. Ni siquiera esperaba que el bombardeo terminara pronto, no sentía hambre ni sed, ni deseaba nada: ni la comodidad de mi cama ni tampoco ver a alguno de mis amigos. Solo cuando dejaban de disparar mis pensamientos se atrevían a salir de sus agujeros, gritando, lanzando mordiscos alrededor, y entonces me echaba a llorar.

Así transcurrieron los primeros dos o tres meses de la guerra, hasta que nos acostumbramos y dejé de llorar... y así fue durante los siguientes quince años. Desde junio de 1992 hasta octubre de 2007 no solté ni una sola lágrima. Me las reprimía incluso tras la muerte de un ser querido, como cuando un amigo fallecía en un accidente o cuando murió la abuela Nadežda, y este ejercicio de autocontrol me causaba un placer extraño. Es cierto que las personas se habitúan a cualquier tormento. No obstante, también es cierto que es un tormento quitarse ese hábito. Así pues, pasé años reprimiendo mis sentimientos y convenciéndome de que de esta manera ponía a prueba mi fuerza de voluntad.